

# FRANCIA, ENTRE DOS DOMINGOS

ENTRE las pocas cosas que están claras en el primer turno de las elecciones francesas —que dejan casi las nueve décimas partes de los escaños de la Asamblea sin cubrir hasta el domingo próximo— es el vuelco de la opinión pública hacia la izquierda y el abandono, por consiguiente, de la mayoría actual. No es una sorpresa. Lo habían previsto las auscultaciones de la opinión, con una considerable finura; a pesar del elevado número de clasificados como «sin opinión» o «indecisos», los cálculos han prefigurado con bastante exactitud los resultados o, digamos, la división electoral del pueblo francés: 45,1 por 100 hacia la izquierda unida; 38,1 por 100 hacia los grupos de derecha, que forman la mayoría actual, y el 12,5 por 100 hacia los llamados reformadores, que suponen un centro o una derecha muy moderada. Esta exactitud de los pronósticos permite anotar —una vez más— un dato ajeno a estas elecciones: el de la posibilidad de saber en cualquier momento qué piensa la nación, el pueblo, de un tema o un conjunto de temas determinados, sin necesidad de acudir a las urnas. Es decir, sin que esa mayoría colectiva se refleje en cambios políticos visibles. Es algo que ayuda mucho a los poderes constituidos y que no tiene necesariamente que ir en favor de la democracia.

CON esta mayoría ampliamente conseguida por la izquierda, no hay ninguna seguridad de que en el segundo turno electoral —el domingo próximo— conquiste el número suficiente de escaños como para forzar al Presidente Pompidou a que le entregue el Gobierno. Hemos comentado ya más de una vez el sistema electoral francés, que obliga a la oposición a conquistar un desmesurado número de votos para con-

seguir un diputado, cuando la mayoría gubernamental necesita mucho menos. Se ha dicho que para que la izquierda conquistase la mayoría de la Asamblea tendría que tener por lo menos un 55 por 100 del voto total. No es este el caso, ni parece que vaya a serlo, de una manera rotunda, en el segundo turno.

PERO sí parece claro que el partido dominante actual, el UDR, y los grupos de derecha, que forman coalición con él desde hace quince años, pierdan su condición de mayoría absoluta. Su pérdida de votos con respecto a las elecciones de 1963 —en las que fue favorecida por una masa de electores que reaccionaban frente a los acontecimientos de mayo: se habló de la «mayoría del miedo»— es grave. Pero más grave es que haya perdido puntos con respecto a las elecciones anteriores, las de 1967 y —en menor medida— las de 1962, que fue el año en que se presentó por primera vez en forma de coalición. Y en 1967, con un porcentaje superior en el primer turno al obtenido ahora, y también al de 1962, estuvo a punto de perder el control de la Asamblea. El peligro en que está en este momento es muy considerable.

LA cuestión reposa en el plazo de reflexión y de maniobra que media entre los dos domingos electorales. Como se sabe, en el primer turno no se proclaman más diputados que aquellos candidatos que obtienen la mayoría absoluta, y, como se ha visto, éstos fueron una minoría (57, sobre un total de 490 escaños a proveer. Este cifra no es oficial, sino aproximada en el momento en que se escriben estas líneas). En el segundo turno no quedan en presencia más que los que figuran



EL Presidente Georges Pompidou emite su voto en Orvilliers.

en cabeza de las listas, y en los partidos emparentados se retira el menos favorecido, para que sus votos vayan al más aventajado. El partido socialista y el comunista, ejes de la coalición de la izquierda, se han presentado separados en este primer turno. En las circunscripciones en que aparezca más favorecido el candidato socialista, se retirará el comunista, y los votantes comunistas le darán sus votos. ¿Sucederá lo mismo en los casos inversos? ¿Votarán al candidato comunista los electores socialistas? Es una incógnita con la que cuenta la coalición gubernamental. La otra es la de los votos llamados «reformistas», los del centro. En las circunscripciones donde el candidato reformista haya desaparecido o no tenga probabilidades de ser elegido, cuenta la derecha que sus votos la favorecerán, y les serán negados a los que no tienen reparo en llamar «los rojos». Piensan también que este reflejo «antirrojo», en el que han basado su campaña electoral, les va a ser más favorable teniendo en cuenta que en el primer turno —y esa ha sido una sorpresa que no se esperaba— el partido comunista ha quedado por encima del partido socialista. Pueden, por tanto, acentuar su campaña de anticomunismo para arañar algunos votos, que pueden ser importantes entre los dos domingos.

**E**STE hecho de la ventaja del partido comunista sobre el socialista es muy relativo. El PC ha obtenido un 21 por 100 de los votos —lo que le califica, sin duda en este momento, como el primer partido de Francia, aunque este cálculo pueda ser rectificado el domingo próximo— y los socialistas el 19 por 100. Sin embargo, la izquierda no comunista —los radicales de izquierda, el PSU y los socialistas— suma en total más votos que los comunistas. Este es un matiz en el que la izquierda hace hincapié: tanto por evitar que le alcance la campaña anti-comunista —la que asegure, contra toda lógica y contra toda evidencia, que los comunistas pueden conquistar el poder en estas elecciones para instalar la dictadura del proletariado!— como para verificar las previsiones de Mitterrand. Este había prometido que la izquierda no comunista y la comunista estarían equilibradas dentro de la coalición, y lo ha conseguido. Para Mitterrand (aunque esté en ballottage, es decir, que su escaño de diputado no se decidirá hasta el domingo próximo) es un éxito. En primer lugar, ha sacado al partido socialista del abismo en que se encontraba, lo ha elevado casi al nivel del comunista —que mantiene una estabilidad continua de votos a través de los lustros—; ha conseguido la coalición y la ha llevado a ganar este porcentaje realmente brillante que, al margen de los juegos electorales, indica muy claramente el cambio de mentalidad de la opinión francesa.

**C**IERTAMENTE que en la noche del domingo y en la mañana del lunes todos los estados mayores de los partidos, de la izquierda, el centro o la derecha, lanzaban gritos de victoria. Todos encontraban en los resultados algo de que enorgullecerse, algo de que sentirse satisfechos. Pero hay que tener en cuenta que estos gritos de victoria forman parte de la campaña electoral y del triunfalismo de que debe hacer gala todo político profesional.

**P**UEDE decirse que todo está en el aire y que el segundo turno decidirá. Aunque la izquierda podría ganar la mayoría, la mayor parte de los pronósticos considerados como imparciales se inclinan en París a creer que aún podrá formarse una mayoría de derechas en la Asamblea. Una derecha con el alma perdida —el alma del general De Gaulle, que inventó estas fórmulas y este estilo— y con algunos puntos de su programa olvidados para siempre. Pactante con el centro, incluso quizá obligada a ofrecerle algún puesto de gobierno si el pacto se arregla; inclinada a hacer concesiones sociales, a liberar ciertas formas congeladas de las costumbres y la vida. En realidad, esa derecha declinante o una izquierda muy moderada y muy prudente sería lo que correspondiese con más exactitud a los resultados de este primer turno electoral, que lo que ha dibujado sobre todo es una necesidad de centro. No del centro que llamaríamos oficial —el de Lecanuet y Servan-Schreiber—, sino del centro de gravedad, del equilibrio entre fuerzas.

**L**A muerte del posgolismo —el golismo puro murió cuando Pompidou sustituyó al general— parece sellada. Y para más adelante, para las elecciones presidenciales futuras y para las próximas legislativas, cabe suponer que si la izquierda mantiene su unión y su acción aparece concertada en la nueva Asamblea y en la política de la calle, puede ocupar fácilmente el poder. Hoy hay pocas dudas de que si se repitiese la elección presidencial entre Mitterrand y Pompidou, la ganaría Mitterrand con gran ventaja.

De todos modos, son pronósticos demasiado lejanos, cuando en realidad se nos sabe lo que va a pasar dentro de unos días, el domingo inmediato...



**ELECCIONES EN CHILE**

## ALLENDE, REFORZADO

*Importante triunfo de la Unidad Popular de Allende en Chile. Y más bien inesperado. El Presidente consideraba que un porcentaje superior al 36 por 100 —que era el que le había dado el triunfo en las elecciones presidenciales de 1970, es decir, el que le había situado en cabeza, de forma que el Congreso ratificó la elección— sería positivo; es decir, indicaría que la Unidad Popular no había perdido atractivo electoral en los dos años de gobierno. Un 40 por 100 le parecía un resultado bueno, y una cifra superior la consideraba como "muy buena". Según los datos de que disponemos al cerrar esta edición, los votos conseguidos por la Unidad Popular —como promedio entre los dedicados a la Cámara y los que iban a la renovación de una parte del Senado— son, aproximadamente, de un 45 por ciento. Un cálculo también provisional indica que la izquierda ha ganado, por lo menos, nueve diputados en la Cámara de Diputados.*

*La derecha, por consiguiente, conserva la mayoría, aunque haya sido un poco menguada. Pero el objetivo de la derecha en estas elecciones era el de conseguir una mayoría de dos tercios en el Congreso (es decir, en el conjunto del Senado y la Cámara de los Diputados) que le permitiera, constitucionalmente, destituir al Presidente de la República. En algunos momentos se había creído que esto era posible, in-*

*cluso en los círculos muy próximos a Allende. En cierta forma, Allende había admitido la posibilidad cuando hizo una advertencia, un llamamiento al pueblo para evitar que el juego constitucional se aplicase. Lejos de eso, la Unidad Popular ha reforzado sus posiciones y la derecha ha dado un paso atrás. Quiere decirse que si en estos dos años de poder el grupo creado y dirigido por Allende no sólo no ha perdido votos, sino que los ha ganado, tiene un porvenir posible, que le negaban la mayor parte de los comentaristas internacionales.*

*Prácticamente, la tensión y los problemas no van a disminuir. Allende tiene más fuerza personal para continuar desarrollando el programa de gobierno, la derecha conserva suficiente mayoría en el Congreso como para hacérselo difícil, pero no ha conseguido bastante como para bloquear el gobierno y forzarle a dimitir.*

*Las elecciones, atentamente vigiladas por las fuerzas armadas —como es tradicional en Chile—, se han desarrollado generalmente en calma. Se habían prohibido las manifestaciones, pero no parece que la prohibición se cumpliera enteramente: al saberse los resultados, hubo grandes grupos de izquierda que vitoreaban a Allende y manifestaban su entusiasmo por el resultado, mientras otros grupos de derecha aparecían también como entusiastas por haber conservado la mayoría del Congreso...*